

El Reino de Belmonte

UNA UTOPIÍA URBANA



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2025

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2025

Imagen de cubiertas: © Raúl Arias, 2025

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-04-1

Depósito legal: M-5004-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Reino de Belmonte

UNA UTOPIA URBANA

Alfonso Mateo-Sagasta



Índice

I	13
2	25
3	31
4	43
5	59
6	63
7	71
8	85
9	95
10	111
11	119
12	131
13	145
14	151
15	175
16	185
17	201

18	203
19	215
20	221
21	227
22	237
23	243
24	253
25	267
26	271
27	279
28	289
29	295
30	313
31	323
32	333
33	339
34	345
35	351
36	363
37	373
38	395
39	401
40	409
Epílogo	413



A Gema y Coque, que me hablaron
por primera vez de Cerro Belmonte



Si viviera Cervantes, dedicaría
un libro a Cerro Belmonte

FIDEL CASTRO

El belmonteño, un oscuro idioma precelta originario de la estepa pónica más antiguo que el vasco, fue erradicado tras la doble colonización andalusí y castellana, las mismas que provocaron la persecución, primero, y finalmente la dispersión de nuestro sagrado pueblo hacia los más lejanos confines de la península. Mucho antes, los belmontinos ya habían tolerado la ocupación romana y se habían hecho respetar tanto por César como por Escipión, quienes, durante sus años de conflicto, acudieron a ellos no pocas veces en busca de consejo. Su acrisolada fama de ecuanimidad y justicia, y la mezquindad y el egoísmo de los foráneos, blindaba a nuestros antepasados. Tanto es así que cuando Julio César redactó sus *Comentarios a la guerra de las Galias*, decidió no mencionar el Reino de Belmonte para seguir disfrutando en exclusiva de los acertados consejos de sus sabios.

Historia de los Pueblos de Europa

Nuevos estudios para erradicar las 19 bolsas de pobreza de Madrid

Madrid. MERCEDES CONTRERAS

El programa de bolsas de deterioro urbano afectará a unos 2.700 inquilinos de viviendas en precarias condiciones de vida. Se actuará en 19 zonas: el Rancho del Cordobés, Oeste de San Fermín, la Viña, Puente de Vallecas norte, Puente de Vallecas sur, Avenida de Daroca, El Carmen, Glorieta Elíptica, El Querol, Villa Jimena, Cerro Belmonte, Emerenciana Zurita, M. Arteaga-J. Verdaguer, Casco de Carabanchel Bajo, Sor Ángela de la Cruz, Colonia Campamento, Méndez Álvaro-Delicias,

Méndez Álvaro y Fuencarral-Malmea (...).

El programa, en su conjunto, pretende suprimir estas 19 bolsas de pobreza (en unos casos se trata de chabolismo y en otros de infravivienda) y, a través de la expropiación, dejar suelo vacante y destinarlo al servicio público, comercial o de viviendas. A las personas afectadas o bien se las realoja o se las indemniza (...) "Se trata de asegurar que el suelo vacante que vaya a quedar después de urbanizar estas zonas no va a ser objeto de especulación" (...).

ABC, 15 de septiembre de 1988

I

POR LA VENTANA DEL BAÑO entra el sol *agateando*, que diría doña Ignacia. Espabilan en el campo las alondras y en el corral de Salvador se rebullen las gallinas cuando José Antonio se mira en el espejo de la puertecita del armario de las medicinas. Las abundantes canas del bigote amarillean en contraste con la radiante espuma de afeitar que cubre sus mejillas. La nicotina, piensa. Un cigarrillo recién encendido humea con la brasa asomada al vacío en un extremo de la repisa de cristal sujeta con dos palomillas bajo el espejo. En el otro, un transistor a pilas emite la que ya es canción del verano: «Dale a tu cuerpo alegría Macarena, que tu cuerpo es *pa* darle alegría y cosa buena...».

José Antonio se sabe la canción desde que la oyó por primera vez, hará cosa de un mes, y sin querer la tararea mientras oficia el rito matinal del afeitado: primero mejilla derecha, desde la línea de la patilla a la curva del mentón.

Luego la izquierda.

Continúa por la barbilla y el cuello, siempre a favor de pelo. Tiene la barba fina y lacia, si apura se engarfia y se infectan los poros, y a sus cincuenta y ocho años le revienta ir cubierto de granos como un adolescente.

—Dale a tu cuerpo alegría Macarena... Eeeeh, Macarena. ¡Ay!

—¡Por favor, José Antonio, baja la voz que se va a despertar el niño! —grita Maite, su mujer, fingiendo susurrar desde la cocina. Curioso modo de pedir silencio, piensa él.

El niño en cuestión es su nieto Jorge, de trece años, que se queda con ellos durante los meses de julio y agosto. Para la hija y el yerno, la casa en el madrileño barrio de Cerro Belmonte es lo más parecido a un campamento que se pueden permitir.

—El niño ya no es tan niño —protesta, pero baja el volumen del transistor.

José Antonio enjuaga la cuchilla y da una profunda calada al cigarro. Fuma Ducados desde hace veinte años, antes Celtas, con o sin filtro, y empezó robando Ideales a su padre. Aún le gusta liarse algún cigarro de caldo de gallina. El primero de la mañana es el mejor. Lo enciende a tientas, medio dormido, y retiene el humo como un apneista el aire. Antes de exhalar abre bien los ojos, se mira en el espejo y planifica el día. Al terminar el afeitado da una segunda calada, más profunda aún, mezclada ya con el aroma de café que llega desde la cocina.

Varios pitidos interrumpen la canción, seguidos por una voz grave: «Son las siete de la mañana, seis en Canarias, del viernes 13 de julio de 1990. Noticias».

Le sigue una familiar sintonía, y a continuación una tibia voz de mujer arranca el primer corte del informativo: «En la madrugada de ayer, hora española, el ciudadano cubano Luis Monteagudo Rodríguez, de veintisiete años, buscó refugio en la sede diplomática española en La Habana. Monteagudo entró rompiendo una ventana y armado con un machete por si alguien intentaba detenerlo, según su propia declaración. Acto seguido añadió que estaba dispuesto a irse a cualquier país capitalista que lo quisiera acoger».

Maite espera en la cocina; tiene el café hecho, la mesa puesta con dos platos, mantequilla, mermelada y una caja de galletas María. Mientras se tuesta el pan, da pequeños sorbos a su taza de Eko diluido en agua. Es delgada, rubia, de ojos claros y piel muy blanca, con el pelo corto aparentemente despeinado, lo que le da un aspecto juvenil a pesar de tener casi sesenta años, como José Antonio. Desde los dieciséis trabaja de dependienta, primero en una mercería de Bravo Murillo, luego en una tienda de ropa y desde hace veintiocho años en El Corte Inglés. Todos los días, salvo los domingos, se levanta media hora antes que su marido para ducharse y maquillarse, y preparar el desayuno mientras él ocupa el baño.

—¿Has oído? —pregunta José Antonio irrumpiendo en la cocina con el transistor en la mano.

—¿El qué?

—Un tipo armado con un machete ha entrado en la Embajada de España en La Habana.

—¿Ha matado a alguien?

—No. Dicen que buscaba refugio.

—Pues olvida los machetes y abrevia, que se hace tarde.

José Antonio deja el transistor sobre la mesa y se sirve el café solo y muy caliente en una taza de Duralux de color ámbar.

«La española no es la primera embajada sorprendida con este nuevo movimiento. —Ahora es la voz del locutor, que ha tomado el relevo—. En los últimos días, siete personas se han refugiado en la sede diplomática de las repúblicas Checa y Eslovaca de La Habana y otros cuatro en la residencia de su encargado de Negocios. Todos piden que se les permita abandonar el país. El ministro de Relaciones Exteriores de Cuba ha declarado que es bien conocido que desde hace más de treinta años se utilizan los ingresos en embajadas extranjeras para hostigar a la revolución. El Gobierno de Fidel Castro trata de evitar que se produzca una situación similar a la suscitada recientemente en Albania, y advierte que Cuba no negociará la salida de dichos ciudadanos y que cuando por fin decidan abandonar su refugio deberán hacerlo incondicionalmente».

—Vaya ganas... Anda, quita las noticias y pon algo alegre. Pero bajito.

José Antonio, obediente, mueve el dial y da con una emisora que emite la misma canción de antes. El verano se presenta largo y tedioso.

«Macarena, Macarena, Macarena, que le gustan los veranos de Marbella. Macarena Macarena, Macarena, que le gusta la movida guerrillera...».

—¡Aaaahú! —grita José Antonio sin poder contenerse, haciendo coro a Los del Río. Y al mismo tiempo salta de la silla y se abraza a Maite que lo aparta divertida con su segunda tostada en la mano.

El grillo que mantienen en una jaulita de plástico en el alféizar de la ventana de la cocina empieza entonces a chirriar, y ya no dejará de hacerlo en todo el día. «Jaula de grillos» es la descripción precisa de una mente poseída por la locura. Como todas las mañanas, José Antonio reprime con esfuerzo sus ganas de liberar al monstruo.

—Lo voy a poner en su ventana.

—Pues sí que... Él ni lo oye. Además, mejor un grillo que un perro.

—¡Solo faltaba!

—¡Baja la voz! Y espabila, que tienes que despejar la mesa del comedor antes de irte. Menudo lío tienes ahí montado.

José Antonio mira de soslayo la esquina de la mesa del comedor que alcanza a ver desde la cocina, cubierta de un extremo al otro por un revoltijo de papeles. Aquello es nuevo para él. Toda su vida, desde los dieciocho años, ha trabajado como comercial de varias distribuidoras de libros y ahora, con cincuenta y ocho cumplidos y recién licenciado en Derecho por la UNED se ha hecho cargo de un pleito colectivo nada menos que contra el Ayuntamiento de Madrid. Obtener el título había supuesto siete años de estudios a trompicones, robándole horas al sueño para cumplir la ilusión juvenil de socorrer a los desvalidos. Su idea ori-

ginal de entrar en el turno de oficio quedó arrumbada porque el trabajo en la distribuidora le impedía disponer del tiempo necesario, de modo que se ocupa de casos pequeños de vecinos y conocidos, cosillas que ningún otro abogado quiere. Lleva el divorcio amistoso de unos amigos, la defensa de un inquilino analfabeto a quien el casero intenta desahuciar con una excusa improcedente y el caso de un desgraciado de dos calles más arriba acusado de allanamiento. El tipo había resultado ser bastante turbio, porque su esposa aprovechó el tiempo que estuvo en el calabozo para hacer las maletas y desaparecer dejándolo a él como único valedor. Pero eso a José Antonio no le afecta, le basta la máxima que suelta Tomás Moro en la película *Un hombre para la eternidad*, aquello de que por su propia seguridad concedería el beneficio de la ley hasta al mismo diablo. Luego, allá cada cual con su conciencia. Y además tiene suerte, porque su trabajo en la distribuidora de libros le gusta tanto como el Derecho. Disfruta buscando el destino adecuado para cada libro, «no hay libro maula», le decía su mentor en la empresa, ninguno hay tan malo que no tenga algo bueno, de todo se aprende.

Cuando acaba su tostada, José Antonio se acerca a la mesa del comedor con la taza de café en la mano.

Entre el batiburrillo de cuadernos, códigos y libros de Derecho civil y procesal, destacan tres grandes montones de documentos. Uno lo forman los expedientes elaborados por el gobierno de Juan Barranco, alcalde hasta el año pasado, que recogen la idea de erradicar las diecinueve bolsas de pobreza de la ciudad, entre las que se encuentra

su querido Cerro Belmonte, unas tres hectáreas de casas bajas, algunas con jardín, que salpican una vaguada de Peña Grande. A su lado, los informes del actual consistorio dirigido por Agustín Rodríguez Sahagún, incluida una transcripción del pleno del Ayuntamiento del 29 de marzo de 1989 en el que se aprobó la orden de expropiación forzosa y el proyecto de distribución del suelo, entre el destinado a servicio público y comercial y a la construcción de una colonia de chalés adosados. El tercer montón lo forman las cartas del Ayuntamiento que empezaron a llegar en el mes de abril comunicando a los vecinos la expropiación de sus fincas y la propuesta de indemnización o realojo. De estas hay de dos tipos, las dirigidas a los propietarios y a los inquilinos, con distintos importes y condiciones pero coincidentes en lo principal.

José Antonio siente de nuevo la opresión en el pecho que lo ha mantenido despierto gran parte de la noche. Mientras guarda los documentos que cree que va a necesitar en su cartera de piel, recuerda cómo ayudó a su padre, un bracero de Cuenca, a levantar los muros que le rodean y se repite la pregunta que lo ha atormentado durante la larga vigilia: ¿Quién se beneficia de nuestra ruina?

—¿Comes hoy en casa? —pregunta Maite desde la cocina.

—No, no creo. Tendré que recuperar por la tarde el tiempo que pierda en el Ayuntamiento.

—Me llamó ayer Lola, que han hecho pancartas y todo para apoyaros. Siento no poder acompañarte. ¿Con quién vas al final?

—Con Gabriel y Salvador

—¿Con Rascayú? No fastidies. No os van a tomar en serio.

José Antonio se encoge de hombros.

—Dejo una nota a Jorge para que se acuerde de que hoy come en casa de Lola. Y que tenga mucho cuidado cuando caliente la leche.

—Ya es mayorcito.

—Ayer la dejó hervir, se derramó, y luego la que friega soy yo.

—Que lo limpie él, ya verás como para la próxima está más atento.

—Sí, claro, y que lo deje todo hecho un asco.

Jorge, que lleva despierto un rato atento al cuchicheo de sus abuelos, levanta la cabeza pendiente del ruido de la puerta. Cuando está seguro de que se han ido, se quita el pantalón del pijama de dos patadas y se queda desparrado en cruz sobre la cama. Al chico el verano le está resultando inolvidable. Nunca le han faltado estímulos para masturbarse, cualquier cosa es motivo de excitación, hasta la ropa tendida de sus vecinas Begoña y María José —la madre de Marta—, dos mujeres muy guapas, pero últimamente se despierta con tal excitación que el glande le brilla como un azulejo. Tan pronto abre el ojo, bendice la llegada de las televisiones privadas y recuerda el programa del pasado martes por la noche en Tele 5, cuando se quedó solo en casa porque sus abuelos tenían una reunión con los vecinos para no sabía qué lío de expropiaciones en el barrio. El programa se llamaba *Ay, qué calor*,

y era lo mejor que había visto nunca. No podía creer el trabajo que tenía ese presentador, un tipo con cara de hogaza y un bigotillo ridículo, alrededor del cual bailoteaban ocho mujeres impresionantes enseñando las tetas. ¡Las tetas! ¡A las chicas Chin Chin se les veían las tetas! Con pezones y todo. ¡Y qué final! Una se desnuda y enseña el coño, porque eso era un coño, se le veía pelo. Ahora no puede quitarse de la cabeza la imagen de las mujeres con un tanga diminuto abriéndose el corpiño para enseñar las tetas con una pegatina con forma de fruta cubriendo uno de sus pezones. No le va a quedar más remedio que machacársela antes del desayuno. Una o dos veces.

Ay

ROSA MONTERO

Seguramente hemos sido malos; sin duda arrastramos una conciencia ajada y renegrida. Pero ni tras haber estado destripando viejas tarde y noche durante siete años nos mereceríamos, creo yo, semejante castigo: el programa *Ay, qué calor*, de Tele 5, es un tormento despiadado. Duelen los ojos al verlo; se infectan y supuran las orejas. Y las neuronas, sobre todo las neuronas, pobrecitas, aúllan en el encierro de los cráneos mientras se licuan lentamente, acosadas por la más suprema necedad. (...) Y puedo imaginarme fácilmente a esos ultrafascistas que siempre quisieron cerrarnos el país a cal y canto exclamando ahora un: «¿Lo veis? Esta guarrindongada, esta bazofia es vuestra Europa». Como sigan así las teles privadas, en vez de contribuir al progreso democrático nos van a desbaratar el tenderete.

El País, 21 de julio de 1990

TODO ERA CAMPO, recuerda Gabriel Sánchez, de sesenta y tres años. No había agua, ni luz, ni alcantarillado, los taxis se negaban a entrar en el barrio porque no había firme, las calzadas eran de barro... En los años cincuenta esto no era más que campo, y ahora que todo está arreglado y funciona, nos quieren echar.

Gabriel vive solo y trabaja por las tardes de administrativo en una gestoría. Las mañanas las reparte entre el cuidado del jardín, natación los lunes, miércoles y viernes y la lectura. Esa mañana ha decidido sacrificar su hora de piscina y acompañar a José Antonio a la entrevista con los técnicos del Ayuntamiento, para que pongan cara a las personas que levantaron el barrio con sus propias manos.

Sus padres no eran inmigrantes, como la mayoría de los vecinos que llegaban a Madrid por aquellos tiempos en aluvión desde Extremadura, La Mancha o Andalucía. La reforma agraria sonaba como el lobo del cuento, los cam-

pesinos más arrojados partían hacia Alemania con sus maletas de cartón atadas con cuerdas, mientras el resto se amontonaba en la periferia de las grandes ciudades. Pero ellos eran de Madrid, del barrio de Chamberí, y no vieron otro modo de salir del lóbrego sótano alquilado que habitaban que levantando una casa en Cerro Belmonte, como había hecho un compañero de su padre recién llegado de un pueblo de Ciudad Real. Gabriel recuerda su infancia con cariño. Las casas las construían los propios vecinos acogándose a la ley que impedía a la autoridad derribar una construcción una vez que tenía techo. En los almacenes de materiales pagaban un extra para que les hicieran entregas nocturnas, todos sabían por qué y nadie hacía preguntas. Como la mayoría de los vecinos eran menestrales de diferentes gremios, cuando llegaba una familia nueva, se juntaban todos y en una noche, o dos como mucho, subían los cuatro muros principales y la cubrían. Aquella complicidad forjó una verdadera hermandad entre los vecinos del barrio, aunque, en realidad, pocas veces llegó a intervenir la policía. La gente venía a trabajar a Madrid con una mano delante y otra detrás, y las autoridades resolvieron el enorme problema habitacional que se creaba dejando hacer y mirando para otro lado. Resultaba más fácil permitir que cada cual se construyera su propia casa que acometer un verdadero plan de vivienda social. Hoy en día lo solucionan proporcionando a los emigrantes barracones prefabricados de ínfima calidad, lo que es casi peor. Al menos aquellas casas se parecían mucho a las de los pueblos de origen de la gente, y además poco a poco se fueron adecentando.

En el patio trasero de su casa crece una parra que cubre el porche y da unas uvas pequeñas y ácidas, una higuera magnífica y dos perales encuadrados con grandes alcorques de piedra. En el centro hay una alberca donde al atardecer bajan a beber los vencejos. En total, la finca tiene más de 270 metros cuadrados, por los que hace ya nueve años le ofrecieron quince millones de pesetas, trece más de lo que ahora está dispuesto a pagar el Ayuntamiento. O eso, o un piso en Villaverde de cuarenta metros cuadrados.

¿Qué vida puede esperarle en ese pisito?

Gabriel se viste la chaqueta de espiguilla color marrón y se ajusta la corbata frente al espejo del paragüero. Lleva el bigote recortado con esmero y ajustado a la línea del labio, la calva oscurecida con crema y sobre ella un emplasto de pelo sujeto con gomina que sube desde una raya abierta como un surco a la altura de la oreja derecha. Con disgusto comprueba que las raíces vuelven a ser visibles y decide teñírsele de nuevo esa misma noche color caoba, aunque, bien porque la base es muy blanca o porque el producto que usa es de mala calidad, la realidad es que siempre acaba con el pelo color zanahoria. Pero le gusta. O le gustaba, porque ya ha sorprendido en el barrio algunas risas y comentarios, sabe que empiezan a llamarle La Naranja Mecánica, y no por referencia a la novela de Burgess ni a la película de Kubrick. El femenino está puesto con toda intención.

Con un pie en la calle comprueba que lleva la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, y en ella el DNI. Un trámite más. Desde abril del año pasado han vivido un

largo camino de desplantes, hasta que José Antonio los convenció para presentar una defensa colectiva. Por eso le está muy agradecido y se muestra siempre dispuesto a echarle una mano en lo que haga falta y a acompañarlo, aunque solo sea para pagarle luego un café.

Cuando echa a andar calle abajo se cruza con Aurelio, el hermano pequeño de Lola, que camina con trote gorriero, la mirada perdida y un brillo de saliva en los labios.

—¿Dónde vas tan temprano?

—A andar, que para luego es tarde. ¿Quieres algo?

Aurelio es un hombre de cincuenta años con mente de cinco que deambula todo el día libremente por el barrio haciendo recados. Los vecinos lo conocen bien, saben que a pesar de su limitación es responsable y voluntarioso, de modo que a veces le hacen verdaderos encargos y otras lo distraen con mandados inútiles que lo mantienen entretenido. En cualquier caso él siempre cumple con eficacia y se saca unas monedas.

—Pues mira, sí. Toma cinco duros y dales de comer a los gatos, que ahí he dejado un saco de pienso.

Esa es una de las cosas de Gabriel, da de comer a los gatos, los suyos y los del barrio entero, siembra los rincones de los solares con comederos, y aunque a algunos les moleste nadie protesta porque apenas se ve una rata.

Calle abajo esquivo a una vecina que barre el patio de la casa y su trozo de acera.

—¡Señora Ignacia!

—¡*Grabié!* Qué hermosa está este año la *jiguera*. Aso-man brevas como peras.

Gabriel sonríe. S , le gusta el barrio. Pese a las bromas impertinentes, le gusta el barrio. Le resulta agradable el contraste con el centro de la ciudad, sobre todo en verano a la puesta del sol, cuando las mujeres salen a la puerta de las casas y se ponen a coser o a charlar sentadas en las pequeñas sillas de enea. Pero al pasar junto a un descampado se le tuerce el gesto. Hay varias excavadoras aparcadas, no sabe quién ni cuándo las ha dejado, pero lo sospecha. Aún así vuelve el rostro y recupera la sonrisa antes de sentenciar en voz alta:

—No cambio mi casita por *n *.

3

UNA TREINTENA de vecinos recibe en la plaza de la Villa la llegada de sus representantes. Como había adelantado Maite, llevan incluso pancartas. José Antonio ve de lejos al grupo y siente ternura y un poco de vergüenza. Las pancartas no pueden ser más simples: sábanas blancas y pintura negra, sujetas con un palo de escoba en cada extremo. Los textos tampoco son muy elaborados. Una dice: «Sahagún te vas a ver como el betún para echarnos», lo que le hace preguntarse a José Antonio el papel del betún y qué dificultades pudiera tener para echar a nadie, y eso suponiendo que quisiera o tuviera algún motivo para hacerlo. De inmediato busca una opción mejor para la rima, y solo se le ocurren «tuntún», «runrún» «común», «atún» e «Irún», de modo que al final «betún» no resulta tan mala. La otra reza: «Aunque sea con dientes, nos defenderemos. A mordiscos». Esta le parece más interesante pues esconde el doble insulto de insinuar que el destinatario del mensaje es tan tonto que necesita una aclaración a la pro-

posición principal. Aunque también abre un dilema inquietante: ¿Puede haber otro modo de defenderse con los dientes que a mordiscos? José Antonio mira las caras de aquel nutrido grupo de clientes y amigos y piensa que, aunque nunca está todo perdido, lo tienen difícil.

Todavía oyen los gritos de «¡Cerro Belmonte!, ¡Cerro Belmonte!», como si de un equipo de fútbol se tratara, mientras presentan su documentación en el control de seguridad. En el rato que tardan en anotar su filiación, José Antonio tiene tiempo de pensar si no debería de haberse puesto corbata como Gabriel y de calcular las consecuencias de que los acompañe Salvador, vestido con camiseta amarilla y vaqueros gastados.

Salvador es albañil, tiene cuarenta y dos años y vive en el barrio desde los cinco, cuando llegó de Cantabria con sus padres a montar una vaquería. El mote de Rascayú le viene por su afición a rascarse el culo. Él dice que de tantos años de cagar en descampado limpiándose con piedras tiene el sieso con más heridas que pelos, y nadie lo pone en duda. Solo se preguntan por qué no ha dejado de usar las piedras. En cualquier caso, lo de Rascayú no es un mote cariñoso, Salvador lo acusa siempre como un rejón.

—A ver, Rascayú, que no te enteras —le dice cualquiera sobre cualquier tema.

—Me cago en tu puta madre —responde él, invariablemente.

Un tipo de nariz afilada, que se presenta como asesor del adjunto del gerente de Urbanismo, los recibe en un

pequeño despacho del piso superior y les invita a sentarse a un lado de la mesa mientras se disculpa para ir a avisar a sus compañeros. Antes de que salga, José Antonio le entrega una tarjeta con el lema de su bufete:

PPPGC
JOSÉ ANTONIO TEMPLADO
Abogado

El hombre se retira sosteniendo en alto la cartulina como si llevara una bandeja, pero da tiempo a que Gabriel la vea.

—¿PPPGC? —pregunta en voz baja, señalando con los labios al funcionario.

Gabriel parece boricua. Como los nativos de Puerto Rico, señala las cosas con los labios, como si les lanzara besos.

—Pleitos Pequeños Para Grandes Causas.

—Muy bien. Muy bien.

Al momento regresa el asesor con otros dos, a los que presenta como letrados del cuerpo técnico del Ayuntamiento, y por un instante se crea un revuelo de saludos y apretones de manos. Uno de ellos lleva una chaqueta azul de mezclilla de algodón y camisa blanca abierta hasta medio pecho, y el otro un polo amarillo con una hoja de laurel sobre la tetilla izquierda.

—¿Los que gritan en la calle son amigos suyos? —pregunta con desinterés el de la chaqueta azul.

—¿Los de las pancartas? Son vecinos, sí.

—Así no van a ganar nada más que disgustos.

—El disgusto ya lo tienen.

El asesor carraspea y toma el mando de la reunión.

—Bien, pues ustedes dirán.

José Antonio se recoloca en la silla y abre la cartera que descansa sobre sus rodillas.

—En primer lugar —dice en tono conciliador—, les agradecemos mucho este encuentro, porque desde que empezamos a recibir las cartas comunicando la expropiación de nuestras viviendas, nadie había tenido la deferencia de hablar con nosotros.

—¿Usted es...?

—José Antonio Templado. Le he entregado mi tarjeta.

—Sí, sí. Por lo que dice, entiendo que también es parte en este asunto.

—Soy propietario de una de las fincas, pero vengo en representación de todos los vecinos de Cerro Belmonte afectados por la orden de expropiación forzosa decretada por el Ayuntamiento de Madrid el 29 de marzo de 1989.

—Un momento, un momento. ¿Cerro Belmonte? —pregunta el sujeto mientras baraja como un trilero los papeles que tiene sobre la mesa. Acto seguido echa una mirada vacía a la pantalla del ordenador. Los otros dos fijan la vista en el suelo.

La interrupción sorprende a José Antonio, que por un instante se queda mudo. ¿Es que no sabe quiénes son ellos ni qué hacen allí? Despacio, saca de la cartera la carpeta con todas las cartas recibidas.

—Sí. Cerro Belmonte. La franja de terreno comprendida entre el Parque de Saconia y el barrio del Pilar.

La mirada del asesor sigue igual de apagada.

—Hablo de casi tres hectáreas de casas bajas, algunas con jardín, que ocupan una vaguada de Peña Grande; unas ciento veinticinco familias. En su mayoría son matrimonios de ancianos o viudos que viven solos. Ahora, como ustedes saben, el Ayuntamiento de Madrid quiere echarnos a cambio de una indemnización ridícula.

José Antonio tiende la carpeta a su interlocutor, pero este no se mueve.

—¿Han hablado ustedes con el concejal del distrito?

—Lo hemos intentado. Presentamos instancias en las oficinas correspondientes para solicitar audiencias, pero recibimos la callada por respuesta. Ni el alcalde ni ningún otro cargo municipal se ha dignado a hablar con nosotros. Silencio administrativo.

—Ya. Yo soy su primer contacto.

—Físico, sí. Ya se lo he dicho.

Tras un silencio incómodo, el funcionario retoma la palabra.

—¿Y bien?

—Bueno... Para empezar, traemos un informe de las Asociaciones de Vecinos —José Antonio saca de su maletín una carpeta azul con funda de plástico y la deposita sobre la mesa—, donde declaran que no hay un criterio social claro que fundamente la expropiación de las viviendas de Cerro Belmonte. Y aparte, el responsable de Vivienda de la Federación Regional opina que se

podría llegar a un acuerdo si las nuevas viviendas fueran de protección oficial y sirvieran para realojar a los actuales vecinos expropiados.

—Espere, espere. No sé quiénes son esos señores, ni qué papel tienen en este asunto.

José Antonio se siente incómodo. Como diría Lola, una nariz tan puntiaguda como la del asesor denota que su madre no lo quiso y rehuyó darle la teta, si lo hubiera querido tendría la nariz porrilluda y aplastada y seguro que de mayor habría tenido mejor carácter. Pero el mal ya estaba hecho.

—Son interlocutores válidos —insiste tranquilo José Antonio, decidido a darle a la rapaz un voto de confianza—. Todos los que trabajan en vivienda los conocen.

Nuevo silencio, en el que cada funcionario mira al infinito y los ciudadanos aguardan con ansiedad.

—Ya. Bueno, tampoco yo puedo decirles mucho más.

—...

—El expediente está claro —interviene por fin el letrado del polo amarillo—. La delimitación del polígono de expropiación del Peri 9,7 fue aprobada por el pleno el pasado mes de marzo. Todo está escrito en las directrices del Plan Inmobiliario de la ciudad.

—Se podrá modificar. Lo que nos imponen es un trato abusivo...

—Mire, señor Templado —interviene, condescendiente, el de la chaqueta—, usted comprenderá que la ciudad debe aprovechar las oportunidades que tiene para modernizarse, para ponerse a la altura de los tiem-

pos. Todos están haciendo lo mismo. Sevilla, por ejemplo, con la Exposición Universal. O Barcelona, con los Juegos Olímpicos. Madrid también se tiene que lavar la cara.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestras casas? —salta Gabriel.

—Pues que el suyo es un barrio de infraviviendas.

Pese a exponer una realidad, el tono resulta agresivo. El abogado del polo amarillo se da cuenta e interviene con otro talante:

—Entiendan que la sociedad está cambiando, y nosotros debemos aprovechar su inercia, no podemos quedarnos atrás. Todo el país está creciendo y abriendo sus puertas a la modernidad.

—¿Modernidad? ¿Es moderno pagarnos el metro cuadrado a pedo puta? —exclama Salvador, quien lleva ya un buen rato mordiéndose la lengua.

El exabrupto deja a todos en suspenso.

—Mire su oferta —insiste Salvador—: 5017 pesetas el metro cuadrado. Eso, o un piso de 40 metros cuadrados en Villaverde.

—Ignoro cuál es la compensación, pero imagino que responde a una tasación competente.

—¿Competente? 5017 pesetas el metro cuadrado, le digo, cuando a cien metros de allí se paga a 200 000.

—Eso es tirar al plato, ¿de dónde saca usted esa cantidad?

José Antonio les entrega abierto el folleto de una constructora.

—Aquí tienen una inmobiliaria que ofrece pisos de más de 90 metros cuadrados junto a nuestras casas, y el precio ronda los 20 millones de pesetas. Eche cuentas.

—Bueno, lo que quiere decir el compañero es que el plan no es nuestro, del actual gobierno, quiero decir, lo cerró el PSOE antes de perder la alcaldía.

—Pero ustedes lo están ejecutando.

—La responsabilidad...

—Si ustedes lo han hecho suyo, son responsables.

—No exactamente.

—¡Cómo que no! Hay que joderse.

—Por favor. Entiendan nuestro punto de vista. Madrid está creciendo, y la responsabilidad del consistorio, la verdadera responsabilidad, es encauzar esa expansión haciendo frente a sus demandas y necesidades.

—Del consistorio.

—¿Cómo?

—Las demandas y necesidades del consistorio. ¿Y las nuestras? —salta Gabriel como un perro de presa—. ¿Y nuestras necesidades? Cuando mis padres vinieron aquí hace cincuenta años nadie atendió nuestras necesidades. Y no había absolutamente nada. Todo era campo. ¿Dónde estaba entonces el Ayuntamiento? ¿Y después? A lo largo de los años hemos tenido que hacernos cargo de todo. Nosotros construimos pozos negros para el saneamiento, cavamos las fuentes de agua y los aljibes. Trazamos nuestras propias calles como buenamente pudimos y nos procuramos los enganches a la luz. Todo nos lo hicimos nosotros.

—Todo ilegal.

—¡Cómo que...! —salta Salvador—. No me joda...

Los tres representantes del Ayuntamiento se echan ligeramente hacia atrás en sus sillas, pero no se mueven. El silencio que sigue es pegajoso.

—Mejor vamos a calmarnos y a centrar el tema —media José Antonio, que teme que los contrarios den la reunión por concluida—. Hemos venido a hablar tranquilamente de la expropiación y a buscar soluciones. A buscar soluciones —recalca mirando a Salvador y a Gabriel.

José Antonio saca la cajetilla de Ducados y ofrece a los presentes, que lo rechazan con cortesía.

—No, gracias, fumo rubio —dice el de la chaqueta azul sacando un paquete de Marlboro.

Rascayú coge un negro y da fuego a los tres. Los demás atienden con solemnidad al rito, parece que el tabaco mantiene su poder de integración.

El de la nariz puntiaguda vuelve a vencer el cuerpo sobre la mesa y se anima a tomar la palabra:

—No les entiendo. ¿Qué es lo que quieren exactamente? ¿De verdad hay tantos vecinos en su barrio con reparos a disponer de una vivienda moderna?

—Queremos que anulen la orden de expropiación y que liberen la comercialización de los terrenos.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Lo han hecho donde han querido. Fíjese que la linde del polígono a expropiar se ha definido de forma aleatoria, ni siquiera han respetado los límites reales de la zona.

—No sé a qué se refiere.

—No han expropiado la Ciudad de los Poetas, por ejemplo.

—Ni el solar ese de la inmobiliaria —añade Gabriel—, donde ahora están aparcando las excavadoras.

—Ni el solar de la inmobiliaria, exacto. Aunque también forman parte de Cerro Belmonte. Pero no, por lo que se ve solo pretenden expropiar a los desgraciados.

Los tres contrarios cruzan miradas, pero vuelve a hablar el mismo.

—Qué quiere que le diga, yo no he redactado el plan.

—Pues si usted no sabe nada, ni puede hacer nada, ¿para qué lo han enviado a esta reunión?

—Mire, insisto. Nosotros nos limitamos a cumplir las indicaciones del Plan General de Madrid para sanear una de las denominadas bolsas de deterioro urbano...

José Antonio se pone en pie y recoge despacio las carpetas y los documentos que ha ido sacando durante la conversación. Salvador y Gabriel lo imitan.

—Entendido —dice José Antonio—. Pues comuniquen al alcalde, o a quien quiera que se responsabilice de esta negociación, que por menos de 200 000 pesetas metro cuadrado las familias de Cerro Belmonte dicen que no se mueven, salvo que sean realojadas en esos nuevos chalés adosados que dicen que van a construir.

—Disculpe, pero aquí no hay ninguna negociación.

—Está claro que no, pero la habrá. Acudiremos a los otros partidos.

El asesor no consigue ocultar una sonrisa un tanto despectiva.

—Está en su derecho, pero dudo que encuentren alguno que no esté a favor de la erradicación de las bolsas de pobreza en la capital de la nación.

Los tres representantes de Cerro Belmonte abandonan la sala, pero llegan a oír a uno de los abogados soltar un chascarrillo del que se distinguen claramente las palabras «pobres y analfabetos». Salvador se para en seco, pero José Antonio lo empuja cariñosamente por el pasillo hacia la salida.